

Paisaje, semiología y análisis geográfico

José Antonio SOTELO NAVALPOTRO

1. INTRODUCCIÓN: RELACIONES ENTRE PAISAJE Y SEMIOLOGÍA

En los estudios del medio ambiente, tanto para su planificación como en cuanto a su función soporte de la ordenación territorial, el paisaje posee una notable importancia. Su doble función, de mediador vital con el entorno y de reflejo del quehacer histórico del hombre, le confiere un valor de nexo conceptual entre el hombre y el espacio geográfico, haciéndose siempre que se quiera estudiar, este último, inevitable su consideración.

Por otra parte, la «Semiología» o «Semiótica» ha probado a lo largo de los últimos años su validez en el campo científico de la Lingüística. Sin embargo, no acaba en esta ciencia su posible aplicación; los logros obtenidos durante su adaptación (desde que Ferdinand de Saussure publicara, en 1916, su «Curso de Lingüística General») hace posible el que se intente —o pueda, al menos, intentarse— trabajar con ella en otros dominios científicos (v. gr.: el ámbito del análisis geográfico). De hecho, las próximas líneas tratarán de desarrollar las posibles relaciones existentes entre los significados que, soterradamente, enmarcan los significantes «paisaje» y «Semiología», en su relación con el análisis geográfico del medio.

En primer lugar, el intento de definir lo que se ha dado en denominar «tipos de paisajes», data de épocas y tiempos remotos, como lo atestigua la existencia de nombres de lugares que hacen referencia, a todos los temas.

Estas aproximaciones a la diferenciación de los rasgos naturales surgen de las

necesidades que tenemos los seres humanos por llegar a comprender y, por qué no, dominar los diferentes espacios vitales o «hábitat».

Por otra parte, la descripción de un paisaje se presenta al mismo tiempo como una tarea difícil y atractiva, de contornos imprecisos, que es prudente delimitar antes de que sea demasiado tarde. Es menester, en efecto, tomar algunas decisiones previas acerca de la conveniencia de centrarse en resaltar formas y colores o de dirigirse, en cambio, hacia el estudio de los paisajes.

Igualmente, no debemos olvidar que el paisaje, en su concreción ha presentado —desde un punto de vista diacrónico— distintas formas y relaciones. En un principio el paisaje únicamente estaba constituido por los elementos del medio físico. La aparición del hombre añadió nuevos elementos al paisaje. De forma gradual, el paisaje se convirtió en cúmulo de elementos físicos, bióticos y antrópicos. De aquí el que a la hora de acercarnos al paisaje sea «difícil dar una explicación cumplida de las acepciones y origen del término» (González Bernández, 1981). El gran número de términos que se han creado pueden, fácilmente, dar lugar a error por lo que creemos de utilidad aproximarnos a ellas, aunque de forma breve.

En las explicaciones del término paisaje, *paysage* o, sus más o menos equivalentes *Landscape*, *Landschaft* /.../ se hace siempre referencia al arte. El «webster's New World Dictionary» (1954) nos dice que *Landscape* significa:

1. Imagen que representa una escena natural terrestre, tal como una pradera, bosque, montaña,...
2. Rama de la pintura, fotografía, etc., que se ocupa de tales imágenes.
3. Extensión de escenario natural, percibida por el ojo en una sola visión.

Al considerar sólo la escena natural, este diccionario excluye el paisaje urbano, y, al confiar la significación al medio terrestre, excluye el marino.

Nuestro diccionario de la «Real Academia de la Lengua» considera exclusivamente el aspecto artístico. «Paisaje es:

- Pintura o dibujo que representa cierta extensión de terreno.
- Porción de terreno considerado en su aspecto artístico».

Sin embargo, numerosas enciclopedias y algunos diccionarios comprenden además de una acepción culta, una científica. Por ejemplo:

Paisaje: Porción de superficie terrestre, provista de límites naturales, donde los componentes naturales (rocas, relieve, clima, aguas, suelos, vegetación, mundo animal) forman un conjunto de interrelación e interdependencia. (Pequeña Enciclopedia Soviética, Vol. 5, pág. 350).

De lo expuesto puede deducirse la polivalencia y equivocidad de la palabra paisaje, y tomarla unas veces como término estético, otras como ecológico o geográfico, según convenga la expresión. Porque la distinción no responde con

exactitud, como quizá cabría esperar, al lenguaje común por un lado, y, al científico por otro; existen multitud de descripciones literarias, como tendremos ocasión de comprobar, que podrían figurar en un libro de ecología o de geografía; y hay también estudios científicos del paisaje que lo consideran bajo el único prisma de la belleza. Tampoco responde a estos o aquellos tiempos; los clásicos veían el paisaje desde una perspectiva amplia e integradora, superando los aspectos puramente estéticos para dar cabida a la noción de espacio; no tenían, sin embargo, un término unívoco y monosémico para nombrarlo: «Los pueblos más humanistas no tuvieron una palabra para nombrar al paisaje; a esa entidad donde están reunidos todos los campos, los bosques, playas y cielo que lo componen. Unas veces lo llamaban *species* (figura, vista, aspecto, fisonomía); otras, *locus* (lugar, país); otras *facies* (rostro, semblante, aspecto); otras *situs* (sitio, paisaje)». Esta visión centrada en la vida y el cultivo se conserva y concreta en la palabra que nace en las lenguas romances: *paysage*, *paisaje*, *paisatge*; su origen lo encontramos en el latín *pagensis*, campestre, el que vive en el campo, a través del francés *pays*, inicialmente territorio rural; la palabra país aparece en la literatura castellana en el año 1597; la palabra paisaje en 1708, aunque el término *pago* —distrito agrícola—, del mismo origen, sea mucho más remoto, 1095, y todavía se conserve —por estos pagos—. Mas, como comprobamos anteriormente, al exponer las distintas definiciones, esta carga etimológica se pierde en las significaciones modernas (Ramos, 1986).

El contenido del término y de sus derivados —paisajístico,...— no queda comprendido en las mencionadas definiciones de la «Academia». Así, expresiones como paisaje urbano, paisaje industrial o paisaje rural no encajan, efectivamente, de modo pleno en estas definiciones; no obstante, la diferencia se verá acrecentada considerablemente cuando se sobrepase el marco de la estética para entrar en el área de los recursos geográficos, considerándose al paisaje sujeto de la ordenación territorial.

Esta dificultad de concretar el concepto se ilustra aún cuando se considera la diversidad de definiciones que, junto a las anteriormente tratadas, intentan concretarlo:

- «El paisaje se entiende como la posesión contemplativa y desinteresada del mundo físico circundante» (Lapesa, 1972).
- «El paisaje es el escenario de la actividad humana» (Laurie, 1970).
- «El concepto de paisaje engloba una fracción importante de los valores plásticos y emocionales del medio natural» (Sancho, 1980).
- «Complejo de Interrelaciones derivadas de la interacción de rocas, agua, aire, plantas, animales y hombres» (Sancho, 1980).
- «El paisaje, en su totalidad, es la agregación de todos los factores in-

terrelacionados, que ocupan la superficie total de la tierra» (Corominas, 1973).

- «El paisaje se dibuja como conjunto procedente de la agregación de los caracteres físicos del medio físico, y de los rasgos físicos del medio biótico» (Aguilo, 1981).
- «Un medio natural, frecuentemente condicionado por las actividades socio-económicas, aparece como paisaje a los ojos del hombre, transformado por los factores socio-culturales» (Corominas, 1973).

Aparecen, en definitiva, al estudiar el paisaje dos grandes temas: uno es el paisaje visual, cuya consideración corresponde a un enfoque más próximo al estético; el otro es el que podría denominarse «paisaje total», que identifica al paisaje con el medio.

Ahora bien, de lo anteriormente expuesto podemos deducir un común sustrato, formado por un espacio, porción de terreno, *situs*, y una determinada percepción de ese territorio. En otras palabras, hay una realidad espacial que se percibe bajo un cierto prisma, una fuente de información más o menos directamente asimilable que se recoge también en mayor o menor medida. Pero a estos dos sumandos —configuradores del paisaje— habría que añadir un tercero, que ha quedado implícito: el sujeto de la percepción, el hombre. Y este es el *quid* de la cuestión, pues, ¿existe una realidad objetiva del paisaje unida a la realidad geográfica del territorio —incluso identificada con ella—, o hay tantos paisajes como percepciones o aún perceptores? (Ramos, 1986).

También se ha querido ver en el paisaje lo aparente, aproximándose al hecho de que la realidad geográfica es una, si bien los paisajes son varios, tantos como distancias, luces o ángulos en perspectiva. En realidad, el paisaje surge de la mirada de los seres humanos, de tal forma que podemos afirmar que cada paisaje es recreado, es decir, vuelve a nacer en el momento en que lo observan espectadores diferentes. Esa apariencia existe sólo en la siqué del observador, de manera que el análisis del paisaje se dirigirá más a las personas que lo perciben, que al territorio.

Así, pues, el paisaje queda sujeto a la doble indeterminación que su apariencia cambiante le añade y a la capacidad e interés del que lo contempla. El paisaje percibido es el resultado de la interacción existente entre el observador y el entorno: éste «sugiere» distinciones y relaciones, aquel escoge, organiza y cambia de sentido lo que ve; cada individuo crea y lleva dentro de sí su propia imagen. Pero está claro que existen además imágenes colectivas, propias de grupos humanos que concuerdan en su apreciación, y paisajes en abstracto que han cobrado universal significado, como el bosque («*Arborum altitudo nos delectat*»). Y los tránsitos temporales, los crepúsculos...

Tal vez ello se explique si ponemos en relación nuestra forma de captar la belleza con la capacidad de organizar nuestras percepciones: personas con una capacidad semejante llegan a una misma percepción; paisajes de significado patente son percibidos de forma universal. Esto no es de extrañar ya que «si el hombre, en el curso de los siglos ha sido capaz de hacer tanto por el mundo fuera de él, no puede sorprender que en el mismo lapso haya sido capaz de congregar y agrupar, forjar y fijar en panoramas relativamente estables aparentemente “objetivos”, la infinidad de imágenes visuales que eran más fáciles de ordenar dentro de esquemas, por la propia mente. Estos esquemas, aceptados así sin discusión (y si hubo una pequeña discusión fue únicamente durante los últimos milenios) constituye lo que nosotros consideramos como “naturaleza” e igualmente como “naturaleza humana”» (Berenson).

Otros, por el contrario, opinan que el paisaje es el territorio en clave histórica, una manifestación sintética de las condiciones y circunstancias geológicas y fisiográficas que concurren en un país, un agregado de todos los rasgos que, en interacción, aparecen en un territorio, un «pattern» de ecosistemas (Hills, 1974).

Los enfoques que ponen el énfasis en la percepción y las que lo sitúan en el territorio se concilian en otro elemento integrador; el paisaje como *fenosistema*, parte fácilmente aceptable y perceptible de un sistema de relaciones subyacentes; «criptosistema» de observación menos directa; el paisaje es el dominio de la percepción sensible, de la intuición. Y como se ha señalado, penetrante, siendo obligado en el estudio de los paisajes, el reconocimiento de una tensión que lo singulariza, en buena medida; diferenciando entre los aspectos científicos y estéticos, entre lo racional y lo sensible (Ramos, 1986).

Pero volvamos a la interacción observador-territorio, para comprobar que tal relación no se limita a configurar la percepción, sino que tiene consecuencias de mayor alcance. Ahora bien, el vocablo *paisaje* puede verse calificado por algunos elementos tales como: natural, rural, agrario; o bien, con otros como urbano, industrial, etc. Así, para algunos «el paisaje era bello en tanto que reflejase la perfección moral o ética a la que aspiran supuestamente todos sus habitantes. La perfección o plenitud no residía en el paisaje mismo, sino en el espíritu que lo había alumbrado y lo continuaba animando». En otras ocasiones la grandiosidad de la acción humana se yergue, apagándola, sobre la naturaleza, como en el Escorial, donde «Herrera se bebió todo el paisaje». (Jackson, 1976), (Río Sainz).

En algunos casos la acción que se ejerce sobre la naturaleza es apresurada, demoledora, en lucha abierta con ella, degradante: «lo que sustituyó a esta percepción moral o ética del paisaje fue la visión del ingeniero. Estamos sólo empezando a estudiar los orígenes y crecimiento del paisaje del ingeniero, y la insidiosa manera en que su filosofía ha afectado nuestras actitudes hacia *todo el paisaje*».

A esta acción del hombre sobre el paisaje corresponde otra en sentido opuesto, acaso menos patente pero igualmente real. Pese a que los artistas plásticos y los escritores lo hayan descubierto en un determinado momento y lo interpreten de manera diferente en cada nuevo período histórico o cultural, el paisaje no es la simple escenografía que nos rodea, sino el molde físico al que sumando el humano llegan a conformar el cuadro geográfico que de alguna manera determina las costumbres de una zona, región o comarca, forma del carácter y explica las cualidades y los gustos de la gente (paisanaje) que lo vive. De aquí que el paisaje se relacione íntimamente con la forma de ser de quien lo habita y lo puebla, ayudándole a su comprensión y a su más exacto conocimiento.

2. APROXIMACIÓN SEMIOLÓGICA AL PAISAJE

De lo que no cabe duda es que el encuentro de los grandes escritores con el paisaje es, ciertamente, un encuentro privilegiado, tal vez un reencuentro, en palabras de Machado... que al referirse a tierras castellanas dirá: «me habéis llegado al alma. ¿O acaso estábais en el fondo de ella?». Adentrarse en el paisaje en su compañía, para tratar de esclarecerlo, es tarea gratificante.

Por otra parte, la Geografía contemporánea española es cada vez más consciente de la importancia de la percepción del paisaje y de los estudios que ello conlleva. Esta es una de las razones por la cual los geógrafos cada vez se han aproximado más a los confines de ciencias como la Lingüística, la Sociología, el Urbanismo...; es por esto por lo que, algunos de los trabajos realizados en los países anglosajones que tratan de la imagen del medio, nos aproximan al análisis de las llamadas unidades sémicas.

En este sentido es en el que la Semiología, o Ciencia de los signos, es susceptible de aportar sus postulados a la Geografía, y más concretamente al análisis de los elementos del paisaje. Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿Cómo interpreta la semiología los signos geográficos? ¿Hay, realmente, un lugar para el análisis global de los paisajes? Cobra, pues cierta importancia —para el profesional español de la Geografía— la dualidad: «Semiología» y «Análisis de los Paisajes».

Por ello, y tras habernos aproximado al complejo concepto que desde hace muchos años recibe el nombre de paisaje, es el momento de pasar a tratar de las posibles aportaciones referidas.

De una parte, debemos tener en cuenta que todo elemento del paisaje, posee, desde un punto de vista semiológico, tres caras, pudiendo ser estudiado desde sendos puntos de vista distintos:

- Un signo para el investigador, que atestigua y ofrece una posibilidad para remontarse hasta los significados (y los mecanismos por ende, que los han producido, es decir, los sistemas).
- Un signo para el usuario. Es percibido por aquello que le atribuye unas connotaciones: la belleza, la fealdad, la alegría de vivir,...
- Un agente de los sistemas: se da la supervivencia de sistemas enormemente heterogéneos, tratándose de un elemento —activo o pasivo— de los sistemas actuales. Desde este punto de vista, y contrariamente a los dos casos precedentes, su estudio queda fuera de la semiología.

Intentemos aplicar estos conceptos a algunos ejemplos.

* La Sierra de Gredos:

- El *signo* que representa es el de un cierto equilibrio ecológico, existente entre la vegetación forestal, los suelos y el clima (naturalmente, excluirémos la negativa influencia humana con sus incendios, urbanizaciones...).
- La *imagen* resultante es la del esplendor de la naturaleza; un gran espectáculo; el aire puro,...
- Nos encontramos ante un obstáculo para las comunicaciones; un factor de desarrollo regional, por el atractivo que ofrece su reserva vegetal.

* Un hipermercado madrileño: Nos hallamos ante:

- Un signo que denota concentración comercial, y una cierta aglomeración comercial local de clientes, etcétera.
- La imagen de la elección, de la ganancia de tiempo, de la economía, un signo deplorable de la «civilización de consumo» y de la estandarización.
- Un agente de la distribución, un factor del desarrollo del consumo, de la extensión de la influencia urbana,...

De otra parte, y tras lo expuesto, puede deducirse:

- La gran importancia adquirida por la noción de la escala: hemos de adaptar nuestro análisis de los paisajes a la dimensión misma del paisaje considerado; tanto los signos como los agentes no tienen el mismo valor a la hora de estudiar el paisaje de una ciudad, que cuando se trata de una sola parte de cualquiera de sus barrios.
- Una segunda deducción es el valor relativo de los signos; pueden tener unos significados connotativos con lo cual deberán adaptarse a los elementos de estudio.

Por último, tras lo anteriormente considerado, diferenciar tres aspectos:

En primer lugar, la relación «significante-significado», o lo que en nuestro caso es lo mismo, «efecto-cause», es total. Sin embargo, al aplicarlo al estudio geográfico, tanto uno como otro dependerán de la naturaleza de los casos (es

decir, la claridad del código dependerá de la naturaleza de los hechos geográficos). Por ello, podemos hablar de *signos* característicos de un aspecto geográfico. Así, por ejemplo, el olivo aparecerá, comúnmente, en un clima de tipo mediterráneo...

No obstante, en razón de los denominados fenómenos de convergencia, divergencia y remanencia (remontándonos a elementos espacio-temporales lejanos al propio observador), los códigos pueden llegar a ser indescifrables, ya que la dualidad *significante-significado* pueden ser de naturaleza muy diferente.

Por ejemplo, cuando se trata de estudiar las formas de *habitat* de un barrio periférico madrileño. La posibilidad de hallar los significados propios de los distintos *significantes* es aquí consecuencia última del nivel alcanzado por el conocimiento de la «ciencia», en general, y por lo que a la Geografía se refiere, de los avances de esta última en particular (v. gr.: la percepción que los habitantes del susodicho barrio de Madrid poseen de los lugares más frecuentados de ese lugar).

En segundo lugar, nos encontramos con la noción de *perturbación*. Ej.: En la actualidad, en unas ciudades que no cesan de crecer, el individuo no puede retener más que los signos más activos de los existentes en el sistema urbano (ahora bien, debemos tener en cuenta —a la hora de estudiar los efectos derivados de la acción geográfica de esos signos— que los grupos de los mismos, ante los que se puede encontrar cualquier observador, son, por lo general, mucho más perturbadores que los signos aislados, precisamente porque los elementos de los sistemas a los que pertenecen no van a aparecer aislados).

En tercer, y último lugar, encontramos el concepto de *campo*. A la hora de realizar cualquier estudio de «Semiología» en relación con la Geografía, cobra relativa importancia el enmarcar el tratamiento de los diferentes signos (con sus respectivos *significantes* y, por ende, *significados*), en el campo científico con el que estamos trabajando. De hecho, la óptica con la que trabajaremos los diferentes signos geográficos, fruto de nuestro estudio, dependerá del análisis científico que les vayamos a dar. Si estamos trabajando con la «Submeseta Norte», el paisaje variará según le demos un enfoque geomorfológico, biogeográfico, urbanístico..., o de paisaje en su totalidad (si es que se puede hablar del estudio del paisaje, globalmente, trabajado).

Ahora bien, llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿Podemos hablar de análisis de los paisajes o por el contrario, hemos de remitirnos a unos signos inherentes a los paisajes? El paisaje, tal y como se ha ido poniendo de manifiesto, se forma mediante la interrelación de elementos naturales y humanos.

Sin embargo, el paisaje, en lo que a sus aspectos más específicos se refiere, aparece como indicador, más o menos revelador, de una combinación de

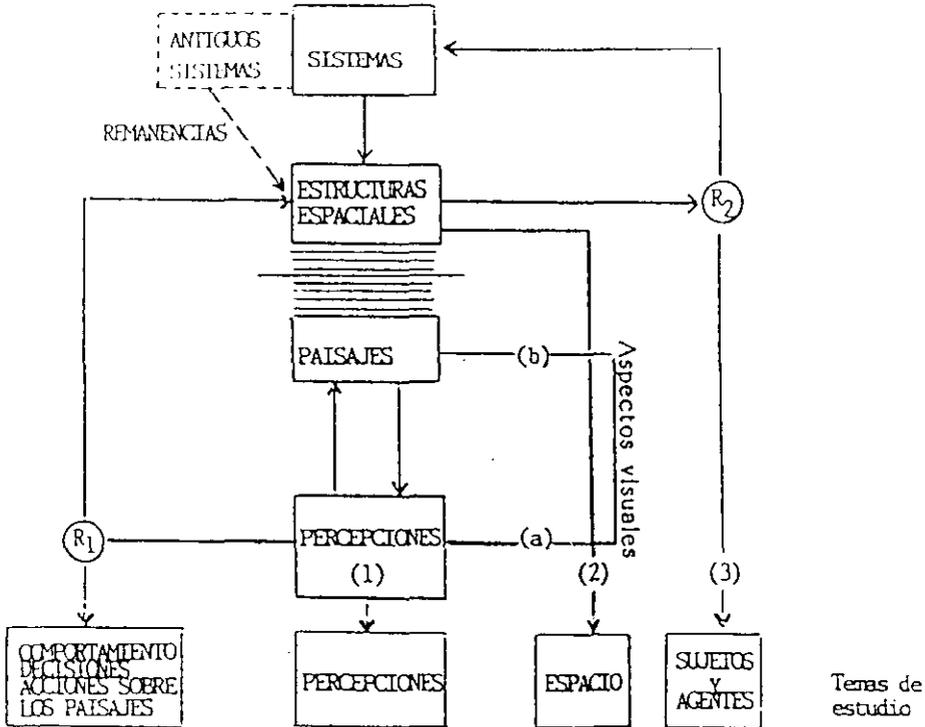
elementos propios de un medio geográfico (Fremont, 1974). «Grosso modo», sus principales componentes serían: el relieve, el clima, la vegetación natural, los componentes rurales (agricultura...) y los urbanos.

A partir de todos ellos, podremos llegar a estudiar el paisaje como conjunto de signos. No obstante, percibir el paisaje como interrelación de unos signos, puede plantearnos algunos problemas; tales como:

- El hecho de que un paisaje determinado se nos pueda presentar como el reflejo incompleto y deformado de un conjunto de signos; ora porque los significados (estructuras socioeconómicas...) no se nos muestran a la par que los significantes, ora porque aparecen deformados a causa de aspectos de remanencia (supervivencia en un paisaje de sistemas dispares), de convergencia (un mismo significante puede corresponderse con significados diferentes; así, una misma forma geográfica ha podido ser el resultado de distintos mecanismos) y de divergencia (a un único significado pueden corresponder significantes distintos; v. gr.: el éxodo rural puede dar pie, en algunos casos, al mejoramiento de los cultivos de la tierra, a la disminución de la presión demográfica y, a la par, el envejecimiento de la población).

- Pese a todo, ¿son realmente los elementos del paisaje unos signos, o por el contrario, según las distinciones realizadas por algunos semiólogos, unos índices? Un signo puede darnos una información, como en el caso de los elementos que componen un mapa (Semiología gráfica); no obstante, este no es el caso —al menos de forma plena— de los elementos del paisaje, los cuales no pueden ser elegidos a voluntad de investigador.

De esta forma, planteémonos hasta qué punto puede el «geógrafo inspirarse, para la realización de sus estudios, en el vocabulario y en los métodos utilizados por la Semiología lingüística». Sin duda ésta es una pregunta tan compleja de responder como indirecto es su planteamiento; pese a todo varios son los intentos que se han realizado, intentos que buscaban una respuesta coherente. Este es el caso de Brunet, quien formulaba el siguiente esquema, en el cual mediante unos *índices* (mapas, obras literarias...) se puede acceder a diversos significados (es decir, a las diferentes estructuras y sistemas paisajísticos); veámoslo:



Forma de analizar los paisajes.

En el presente esquema (Brumet, 1974) —o modelo—, el paisaje es considerado como lo aparente, el reflejo de una estructura espacial (incompleto y deformado, como todo reflejo). Así podemos diferenciar los aspectos siguientes:

Por un lado, las percepciones del paisaje comprometen a todos los posibles «lectores». Como es lógico pensar, las imágenes creadas a partir de estas lecturas variarán con el nivel cultural de los receptores, o la propia naturaleza de los sistemas en los que éstos se muevan.

Estas percepciones, según la sociedad tienda a «conservar», «preservar» o «modificar» los paisajes, llevan hacia unos comportamientos y decisiones diferentes; es decir, a una forma de *retroacción* (R_1). Ahora bien, los actos resultantes de estas decisiones pueden afectar de una forma tajante y directa a los propios paisajes (pensemos que se modifican algunas estructuras espaciales, reflejándose esta acción en el propio paisaje). Esto puede suponer repercusiones importantes sobre el propio sistema (por R_2).

Lo anteriormente expuesto nos lleva a resaltar dos temas o aspectos de relativa importancia; por un lado, el estudio de las distintas percepciones; por otro

lado, la investigación de las diferentes decisiones, acciones y, por ende, los comportamientos resultantes y, en definitiva, directamente implicados en las diversas estructuras paisajísticas.

A las aseveraciones anteriores, añadir otro posible tema de estudio: el análisis geográfico vs el análisis del espacio. Podrá partir del examen de los paisajes que teniendo por referencia las percepciones de un posible observador (investigador) (a), que puede realizar sus observaciones de una manera directa (b) sobre el propio paisaje, se produzcan, de esta manera, numerables perturbaciones derivadas de las propias realidades espaciales.

De hecho, algunos elementos que pueden aparecer en los paisajes, quizá no pertenezcan, propiamente, a éstos; es decir, son parte de macroestructuras pertenecientes a otros sistemas, careciendo por ello de importancia, a la hora de estudiar los distintos componentes de aquéllos.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Tras lo expuesto podemos llegar a diversas conclusiones, a saber:

- a) El estudio del paisaje a través de los análisis semiológicos puede ser un buen camino para tratar del medio ambiente y del espacio, desde una perspectiva geográfica.
- b) Pese a que es mucho lo que se ha escrito sobre el paisaje, aún faltan bases conceptuales válidas para su tratamiento; quizá, en los fundamentos de la Semiología o Semiótica puedan hallarse respuestas a semejantes problemas.
- c) La amplitud de los signos hace que para su estudio el método más útil sea el científico.
- d) Un problema no resuelto es la inexistencia en Geografía de una definición clara de conceptos y términos tomados de otras áreas del saber (en este caso de la Lingüística).
- e) Por último, reseñar que si se llegan a definir conceptos y a aclarar términos, después de crear o adoptar una metodología, los geógrafos podemos encontrar —de hecho ya se hace de forma descriptiva— una notable fuente de conocimiento en informaciones cuyo punto de partida sea el paisaje y como medio de interpretación la Semiología o Semiótica.

BIBLIOGRAFIA

- Aguillo, M. (1981): *Metodología para la evaluación de la fragilidad visual del paisaje*, Madrid, Tesis Doctoral, Universidad Politécnica, ETSI de Montes.
- Berenson, B. (1950): *Aesthetics and History*, London, Constable P.
- Bertrand, G. (1968): «Paysage et Géographie physique globale. Esquisse méthodologique». *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, Tomo 39, nº 3, págs. 249-272.
- Bolos I Capdevila, M^a de (Coord.) (1992): *Manual de ciencia del paisaje*, Barcelona, Edt. Masson.
- Corominas, J. (1989): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Edt. Gredos.
- Fremont, A. (1974): «Les profondeurs des paysages géographiques», en *L'Espace Géographique*, nº 2, págs. 127-136.
- Gómez Orea, D. (1985): *El espacio rural en la ordenación del territorio*, Madrid, Instituto de Estudios Agrarios.
- González Alonso, S. (director) (1989): *Guías metodológicas para la elaboración de estudios de impacto ambiental*, Madrid, MOPU.
- González Bernáldez, F. (1981): *Ecología y Paisaje*, Madrid, Edt. Blume.
- González Bernáldez, F. (1986): *Invitación a la ecología humana. Adaptación efectiva al entorno*, Madrid, Edt. Tecnos.
- Hillis, G. A. (1974): «A philosophical approach to landscape planning», *Landscape Planning*, 4, págs. 339-371.
- Jackson, J. B. (1976): *The historic american Landscape*.
- Lapesa, R. (1982): *Rubens*, Madrid, Edt. Prensa Española.
- Laurie, J. C. (1970): *Objectives of Landscape*, New York, LRG.
- Mateo Rodríguez, J. (1984): *Apuntes de Geografía de los paisajes*, Universidad de la Habana, Cuba.
- Margalef, R. (1973): *Ecología*, Madrid, Edt. Omega.
- Naveh, Z. y Lieberman, A. (1984): *Landscape Ecology*, New York, Springer-Verlag.
- Pérez Rioja, J. A. (1980): *La Literatura Española en su Geografía*, Madrid, Edt. Tecnos.
- Ramos, A. (1986): «El paisaje del agua», en *Jornadas Internacionales sobre el Paisaje del Agua*, Madrid, págs. 7-25.

RESUMEN

En el presente artículo se tratan algunos aspectos teóricos de diversos términos —Paisaje, Semiología...— cuyos significantes enmarcan significados varios y complejos. Esta aproximación tiene como objetivo principal valorar su utilidad para los estudios geográficos y para la «planificación».

RESUME

Dans le présent article on traite éléments théoriques de termes —paysage, semiologie,...— avec valeurs divers. Le objectif principal es valorar son utilité dans les études géographiques et dans la «planification».

ABSTRACT

In this article we considerer some theoretical aspects of different terms —Landscape, Semiology...— whose significances encompass varied and complex meanings.

The principal aim of this approximation is to evaluate their use as regards geographical studies and planification.